

Julio por el señor Lectoral, para decirle, de orden del Tribunal, que éste había tenido á bien darle vista de las tres censuras que se habían hecho de las poesías de IGLESIAS. La última de ellas está fechada en Madrid, á 28 de Abril de 1802; las otras carecen de esta circunstancia, y en todas se halla omitida la firma del respectivo censor, sin que ninguna se distinga por lo atinado de la crítica, patentizándose en ellas ser sus autores ajenos ó completamente extraños á los estudios literarios, por más que sólo les incumbiese considerarlas bajo el aspecto moral. Harémos un brevisimo extracto de las tres.

En la primera, despues de decir el censor que *ha leído y releído* las poesías de don Pedro IGLESIAS DE LA CASA, las calificó de torpes y obscenas, no sólo las satíricas, sino aún las puramente amatorias, hallando en ellas, además de estas faltas, la de gentilismo, por sus alusiones mitológicas, y á unas las llama lascivas, á otras vinosas, y venenosas á todas; y concluye citando dos reglas de Natal Alejandro, y *algo de lo mucho que trae en su confirmacion* (lib. iv, *Theolog. dogmática*, cap. viii, art. 2.º). El segundo censor dice que no halla en ellas ninguna proposicion contra los dogmas de nuestra sagrada religion, pero sí contra las buenas costumbres; y que, podría volverse á imprimir entresacando todo lo que se halle en este caso; por lo que juzga la obra comprendida en las reglas 7.ª y 16.ª del *Expurgatorio*. Finalmente, el tercer censor concede que es licito tratar materias de amor (el primero las tiene por obscenas), pero no como lo hace IGLESIAS, quien deja á otro la gloria de versificar sobre otros asuntos, puesto que él *es muerto por cantar los chistes de sus muchachas*; y en otras poesías dice que *se deja ver claramente que el autor tiene entre cejas ciertas personas, ciertos cuerpos, ciertos estados*, sobre los que descarga su saña. Por estas causas, y atendida la indole de la obra, la considera harto peligrosa.

A esto principalmente se reducen las censuras, y no deja de fijar nuestra atencion que el autor de la primera llame á IGLESIAS don Pedro, despues de haberle *leído y releído*. ¿Sería tal vez quien promoviese este asunto, y para evitar toda nota de parcialidad equivocase expreso el nombre, queriendo dar á entender con ello que no le movia pasion alguna personal al trazar la acerba censura que hizo de las poesías de un autor que le era completamente desconocido, puesto que así confundía su nombre? Cualquiera que lea original la primera censura, se convencerá de la pasion que mueve la pluma de su autor. Por otra parte, causa verdadera sorpresa que el Tribunal dejara pasar sin oponer obstáculo alguno la primera edicion de 1795, que contenia casi todas las poesías satíricas, pues apenas hay nada aumentado de este género en la segunda edicion de 1798, que fué agotada ántes de que nada se advirtiese al editor, esto es, durante cinco años, ó sea hasta 1803, en que se le mandó suspender la tercera edicion, anunciada en la segunda. ¿Cómo se dejó pasar tanto tiempo entre el anuncio y la orden de suspension de un libro que, á juzgar por la censura, era tan pernicioso? Se nos dirá que, de haber suscitado la prohibicion un émulo de IGLESIAS, no hubiera dejado pasar tantos años; pero ¿quién nos asegura que durante ese tiempo no trabajase para conseguirlo, aunque sin resultado alguno por entónces?

A los escritos de censura sigue el de defensa, con que termina el folleto, y del que copiamos los siguientes párrafos:

«No están de acuerdo los censores en calificar las *poestas póstumas* del presbítero IGLESIAS. Para el uno, no solamente hay en todas ellas torpeza, lascivia y obscenidad, sino tambien en el primer tomo cosas contra la fe; el otro confiesa claramente que nada ha encontrado en ellas que se oponga á los dogmas de nuestra sagrada religion; y el tercero limita su censura al segundo tomo, que contiene las poesías del género epigramático.

»En defensa del autor, nos harémos cargo de todos los reparos propuestos por los censores, satisfaciendo á cada uno de ellos con el orden y claridad posible, y perdonando aquellas injurias y ultrajes hechos á la buena memoria del difunto IGLESIAS, pues conocemos que no los ha producido la malicia, sino el celo de la religion, aunque falso é indiscreto.

»Convengamos en que las *poestas póstumas* no son un libro de oracion y meditacion, ni del orden de las que compuso despues. Pero, aunque sería lo mejor tener al hombre siempre ocupado en la contemplacion de objetos santos, no lo permite la condicion humana, ni esta sola es bastante causa para prohibir los libros que tratan de otros asuntos. Tampoco basta que un libro contenga materias que se tienen por jocosas y picantes; que hable, por ejemplo, de la pasion del amor, de los celos, de la paciencia de los maridos, etc. Es necesario que enseñe, que dogmatice. Por esta razon se han prohibido tantas comedias y novelas en que se ve un sistema ordenado y seguido, donde se aprende el vicio por principios; y por la misma razon se permiten

ó toleran muchos libros de agradable pasatiempo, especialmente de poesia, en que nada malo se enseña, en que el ánimo del autor no es dogmatizar, y en que, sin embargo, se encuentra alguna expresion poco decente, pero que no deja impresion alguna despues de su lectura. Y hé aquí tambien la razon por que el Santo Concilio de Trento, como consta en la regla 7.ª del *Expurgatorio*, citado en las censuras, prohíbe solamente aquellos libros en que de *propósito* se cuentan, tratan y enseñan materias lascivas y obscenas.

»Sobre todo, están muy léjos de incurrir en semejante censura las obras y tratados que pintan las pasiones y el vicio con los colores más negros, que exponen sus fatales consecuencias, y en una palabra, en que el autor se propone el fin moral de corregir satirizando.

»En esta inteligencia, no hizo IGLESIAS más que usar, y con no poca parsimonia, del privilegio que tiene la *sátira*, no sólo de retratar al vivo los abusos, resabios y extravagancias de los hombres, sino de cargar tambien la mano en la pintura del vicio para que resalte su fealdad. Ridicular, éste es el principal objeto de la *sátira*; para ello no usa de otras armas que la fina ironía, las burlas y donaires, y en los casos extremos la invectiva eficaz y acre, segun que convenga dibujar el vicio, más como odioso que como ridículo. Los principios de este ramo utilísimo de poesia estriban en el íntimo conocimiento del corazon humano.»

Despues de manifestar que el género satírico ha sido cultivado siempre, pasa á justificar el decoro y parsimonia que brilla en IGLESIAS, y dice que todos ó la mayor parte de los poetas satíricos castellanos que le han precedido, han usado mucha más desenvoltura y libertad que él; y para comprobarlo copia versos del Arcipreste de Hita, de Quevedo, Góngora, Argensola y los Romanceros.

Cita á continuacion un pasaje del profeta Ezequiel (cap. xxii), donde en estilo enérgico se expresan los desórdenes de la carne y las abominaciones de los pecadores. Rebate despues las principales objeciones que se hacen á las poesías; y respecto á la inculpacion del censor tercero, sobre tener IGLESIAS animadversion á ciertos cuerpos, dice: «Un cargo semejante se convence de injusto con la simple lectura de los lugares citados (várias estrofas de las letrillas) y de todas las poesías de IGLESIAS; y ésta es una justicia que usia ilustrísima no me podrá negar. De ella resultará, sin género de duda, la sinrazon con que se le censura y la pureza de intencion de IGLESIAS, y ciertamente, de otro modo, y por los principios de los censores, no habría libro ni autor, en que se dijese algo contra la filosofía peripatética, contra el abuso del escolasticismo y el descuido ó desorden en que estuvieron ántes nuestros estudios y universidades, que no pudiese ser tachado de mordacidad; y los primeros y más fuertes de los escritos mordaces (permitános usia ilustrísima este desahogo) serian los planes de reforma de dichas universidades, en que se hallan enunciados con la mayor claridad sus antiguos defectos. En las sátiras de IGLESIAS no se reprende otra cosa que los abusos introducidos en las escuelas; y así es que las dos veces que han sido censuradas sus poesías para su publicacion, lo han sido por dos doctores y catedráticos de cánones y leyes de esta universidad, los únicos que podian ofenderse de los chistes de IGLESIAS, porque habla con ellos señaladamente en la última letrilla citada» (*es la XLIII, estrofa 1.ª*).

Dice, respecto al cargo de gentilismo que le hacen por sus alusiones mitológicas, que el mismo pudiera hacerse al Tasso, Camoës, Fenelon, Quevedo, Sannazaro y otros, aún cuando tratasen asuntos religiosos; y que incurren en error gravísimo los censores al confundir las voces *amatorio* y *obsceno*, que para ellos son sinónimas, siendo en realidad tan diferentes. Y concluye el autor de la defensa alegando, en comprobacion de la acendrada piedad de IGLESIAS, no sólo los curatos que desempeñó, siendo el primero el del Guijuelo, que rigió por cinco meses, sino las numerosas poesías sagradas que escribió; diciendo que parafraseó todos los salmos de David, que compuso oficios en lengua castellana para todas las festividades del Señor, la Virgen, los apóstoles, y para las demas fiestas principales del año, formando una *Lira sagrada*, superior á la de los Leones, Rebolledos y otros, y que en ella, siguiendo el autor la norma de la Iglesia en sus horas canónicas, adoptando muchos de sus himnos y antífonas, y poniendo otras de suyo, ha hecho una obra única en su linea, y un *Rezo eclesiástico con más de mil himnos*, en que todo respira uncion y la más sólida piedad, y del cual se *formarán siete tomos en 8.º*, que se están ya imprimiendo, cuya prueba se presenta á usia ilustrísima, en los oficios al Criador y á Nuestra Señora, impresos separadamente, junto con el poema de *La Teología* y las elegias ó *Llanto de Zaragoza*.

Estas elegias las escribió IGLESIAS con motivo del incendio del teatro de aquella ciudad, y aún creemos que las imprimió entónces. No tenemos noticia que llegasen á publicarse los himnos

anteriormente citados; tal vez el editor suspendería la impresión, disgustado con los entorpecimientos que le ocasionaría la denuncia de las poesías póstumas, y que después no podría llevar á cabo á causa de los sucesos de la gloriosa guerra de la Independencia, época en que la atención de los españoles todos se dirigía, como era preciso, más á las armas que á las letras.

Ignoramos si Tojar mismo escribió este folleto, aunque nos inclinamos á juzgarlo obra de ajena pluma, pues supone algunos conocimientos literarios, que no es probable reuniese el editor de las obras del poeta; pero, sea quien fuere el autor de esta defensa, no parece que obtuvo resultado alguno si es cierto, como dice Ticknor, que las poesías fueron prohibidas en el *Índice expurgatorio* de 1805.

Para concluir, diremos que en la historia de nuestra literatura, y principalmente en la de la escuela salmantina, á que pertenece IGLESIAS, podemos considerarle como uno de los escritores en que casi sin alteración se conserva el espíritu y tradiciones de los poetas que le precedieron, y como uno de los últimos y más celosos guardadores de la pureza de la lengua castellana, pues en sus obras brilla siempre limpia de extrañas voces y giros, con que después, y casi siempre sin razón, se ha enturbiado su caudal, y muchas veces empobrecido, creyendo tal vez enriquecerle. Entre los poetas de la misma escuela, iguales caracteres se observan en fray Diego González, ni más imitador del estilo de fray Luis de León, pero nunca de su alto vuelo, pues no era posible. Y además de los dos mencionados escritores figura, como modelo de corrección y acendrada pureza, D. Juan Nicasio Gallego, aunque con más altas miras, mayores alientos y diferente espíritu. No es nuestro objeto hacer ahora el análisis de los poetas salmantinos, ni aun á grandes rasgos, como hoy se dice; pero si indicásemos que si hubiesen sido tan castizos como los citados, todos los escritores de nuestra escuela, no merecerían algunos de ellos la nota de *galo-sentimentales* (porque también afectaron y exageraron el sentimiento), que les dió un adusto crítico, ni Moratin, para comprobarlo, hubiera hallado dónde copiar frases, giros y versos enteros de Melendez, Cienfuegos y Quintana, en su epístola titulada *La moderna Jerigonza*, donde traspasó visiblemente los límites de lo justo, como siempre acontece cuando se ponen los ojos más en las personas que en los objetos que se han de juzgar.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

CARTA ESCRITA AL EDITOR DE ESTAS POESÍAS (1).

Muy señor mío: Remito á usted el tomo manuscrito de *Poesías de IGLESIAS*, que me envió días pasados, y le doy mil gracias por el gusto que he tenido en su lectura.

Yo no había visto de este poeta más que tal cual epigrama y algunas letrillas satíricas. Habíanme parecido excelentes, y creía que su genio era propio solamente de estas composiciones. ¿Quién podría imaginar que la musa maligna, que azota con tanta libertad los vicios, preocupaciones y ridículas manías de los hombres, pintase también con ademán tan inocente los más delicados sentimientos del corazón humano? La diferencia de un género á otro es inmensa; pero aún es más grande la felicidad de la ejecución en ambos; y yo estoy pasmado al ver que quien ha igualado á Quevedo, Góngora y Alcázar, en soltura, libertad y donaires, haya podido sobrepujar á Garcilaso, Torre, Esquilache y otros buenos poetas, en gracia, delicadeza y sentimiento.

Bien veo que la condición del poeta era muy á propósito para ello. Destinado casi siempre á vivir en aldeas, tuvo oportunidad para observar y sentir la gracia que en ellas dan el desahogo del corazón, la simplicidad y la inocencia. Por el contrario, en las ciudades la corrupción de las costumbres y la complicación de intereses rebozan el pecho, y quitan á la naturaleza la ingenuidad de su expresión. Es verdad también que entre los paisanos parte de la gracia se pierde por la rusticidad y grosería; pero en la imaginación del poeta todo se hermosea, la corteza grosera se desvanece, quedando sólo la verdad del sentimiento, adornada con los encantos de la poesía.

Para dar un aire de ternura y delicadeza mayor á las composiciones de esta clase, IGLESIAS las pone casi siempre en boca del sexo más débil, y de consiguiente más interesante cuando sufre. La inocencia y simplicidad tienen su asiento propio en el corazón de la mujer; y ella es quien habla en la mayor parte de las letrillas pastoriles, de las églogas, de las cantinelas, y en todos los idilios.

(1) Edición de Barcelona, imprenta de Oliva, año 1837.

La Esposa aldeana es un pensamiento original, y una colección de villanescas que no tiene igual en castellano. Su estilo es gracioso y ligero: las imágenes sencillas y naturales, tomadas de la naturaleza del asunto; la versificación fluida, sonora y armoniosa; cada coplita es un rasgo; cada letrilla un sentimiento.

El mismo fondo de imágenes y la misma frescura de colorido se advierte en las *Letrillas de estribillo* que la siguen; ellas se están cantando; y *La Zagalá que viene del campo* y *La Rosa de Abril* son las más graciosas composiciones que de su género hay en nuestra lengua.

No se puede decir lo mismo de los *Romances*, que no tienen la soltura graciosa de los de Esquilache, ni la amena riqueza de los de Góngora. Yo siento, señor Editor, que IGLESIAS haya derramado en casi todos un aire de moralidad, que no parece el más propio de semejantes composiciones: bien es verdad que él las ha adornado con una infinidad de imágenes bastante bellas y naturales, de que es un buen ejemplo el último romance, donde afea á una zagala el vicio de la vanidad; el cuarto, donde pinta la salida de Amarilis al Zurguen, no debe nada á los mejores, sea en la dulzura de los afectos, ó en la riqueza de la imaginación.

Las Delicias de Villegas son las primeras cantilenas que tuvieron crédito en castellano: nuestro poeta quiso ejercitarse en aquel género, y excedió á su modelo en la belleza y gusto de las imágenes, y principalmente en la dulzura y verdad de los sentimientos. Porque Villegas, si tuvo un corazón sensible, no supo derramarlo en sus versos.

Usted se espantará de verme tratar con tan poco respeto á un poeta de tanto crédito. Pero la fama de este autor es fama de tradición, como la de otros muchos; fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decisión de alguno que ha querido y sabido fascinar los ojos del vulgo de los lectores. Esta proposición puede ser algo aventurada, si se atiende al tiempo en que don Vicente de los Ríos publicó y elogió á Villegas: entónces acaso las poesías de éste eran un modelo de buen gusto; pero en tal caso, ¿cómo estaría nuestra literatura! ¿Qué se diría de un poeta cuyos versos estuviesen llenos de trasposiciones ridículas, metáforas oscuras ó hinchadas, palabras y expresiones bajas, de alusiones importunas, y de erudición pedantesca, que fuesen escasos de imágenes, y faltos enteramente de afectos? Estos vicios están bullendo por todas partes en las obras de Villegas; y á pesar del nombre griego que tienen al frente, jamás se escucha en ellas el lenguaje del amor. Pero de nada sirve, amigo mío, saber griego y latín cuando falta el buen gusto. Yo apelo á los hombres que lo tienen; y que éstos digan si encuentran placer alguno en la lectura de sus odas mayores, de sus sonetos, de sus elegías y de sus idilios. Compárese á Villegas con él mismo cuando el gusto le sostiene; compárese la oda XIV del libro I, hecha en alabanza de Garcilaso, y la bellísima oda sáfica *Al Céfito*, con las demás composiciones suyas, y se palpará la inmensa diferencia que hay entre ellas, y la justicia de esta censura. Desengañémonos: Villegas está ya olvidado, sin la cadencia, número y armonía de sus versos cortos, y sin los graciosos remates de sus cantilenas; en estas prendas es excelente.

Disimule usted esta digresión, y volvamos á IGLESIAS, cuyas *Anacreónticas*, aunque no me atrevo á decir que sean las mejores de nuestra lengua, diré, sin embargo, que tienen toda la gracia y ligereza propias de este género de poesía. Una anacreóntica no es una égloga; y hé aquí la causa por que las más de las que han salido últimamente con este nombre no lo son. El genio de Anacreonte era muy diverso del de Theócrito; sus obras no son largas, y jamás se aplomó sobre las descripciones de la vida pastoril: un sentimiento risueño, vestido con algunas imágenes alegres y ligeras, es la materia de su poesía. Cualquiera, pues, que la saca de aquí, la estropea.

Rasgos de una sensibilidad profunda y exquisita, imágenes fuertes y atrevidas, hijas del delirio, y muchos versos felices, son las buenas prendas de los *Idilios* de nuestro poeta, muy superiores á los de Quevedo, donde no hay más que confusión y afectación.

Las *Églogas* no son tan buenas; aunque tienen mucha belleza de estilo y muy buenos versos, la poca novedad en su objeto y disposición les quita mucha parte de su mérito. Sólo advertiré de paso que aunque se ha dicho que la pesca, por ser una ocupación poco aseada y muy laboriosa, no era buena materia para las églogas, IGLESIAS, sin embargo, ha escrito una égloga piscatoria, donde todo es noble y aseado. Yo creo, amigo mío, que la poesía es como el amor, que hermosea todos sus objetos.

Hay bellísimas odas de todos géneros en castellano. Las sublimes de Herrera y Rioja, las morales de fray Luis de León, y las amatorias de Torre, Lope de Vega y otros poetas, son iguales á lo mejor que tienen los antiguos y modernos. Las dos primeras y la última de nuestro autor honran igualmente que ellas la lengua española. Su expresión es enérgica y pintoresca, su dicción rica y poética, sus versos robustos y llenos, las imágenes valientes y nuevas, y el fuego del sentimiento siempre vivo. ¡Cuánta riqueza de imaginación no brilla en la primera! El sol rodeado de las ninfas, que le desembarazan de los perrechos de su lumbre; la noche cortejada de las estrellas, de las horas, de las sombras y del silencio; el sueño cubriendo con sus alas toda la tierra, y negándose á la compasiva plegaria del poeta:

Salen las negras horas, que en beleño
Cinen la sien severa,
Vertiendo espanto y derramando sueño
Por toda su carrera.

Esto se llama pintar poéticamente. ¡Cuán majestuosa y brillante no es también la salida del sol en la oda II!

Sale el sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera;
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.
Los rayos crecen de la luz febea
Con más pujante aliento;
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

El objeto que pinta el poeta no es nuevo; pero el colorido, la expresión y el giro todo es suyo, todo bellissimo. Los remates de sus estancias son por lo común muy graciosos; éste, por ejemplo, de la oda III, *A la Fuente*:

Admiran las aves,
La admira el sol, admiran las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos ruiscñores
Al són de su raudal cantan amores.

¡Qué inmensa diferencia de este tono animado y gracioso, á este otro, soberbio, lleno de fuerza y de entusiasmo!

¿No es éste el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el són, y horribles trompetas?
Sobre un carro aguilino, rodante,
Descubro al dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo;
De pié á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrado
Brazo, blandiendo el fulminante escudo.

Así los buenos poetas saben dar el estilo conveniente á la diversidad de los asuntos que cantan; y es una lección insigne para aquellos que olvidan que la variedad es una de las primeras fuentes de la belleza y del placer.

Recorriendo, pues, ahora todo lo dicho hasta aquí, se ve que IGLESIAS sabe plegarse perfectamente al nivel de todos los géneros que emprende, y que su genio domina todas las materias. Su imaginación es siempre fértil, su expresión rica, su estilo animado y pintoresco. Es verdad que en sus *Romances* se advierte alguna sequedad, y poca novedad en las *Eglogas*; pero esto se compensa con la gracia inocente, armonía y dulzura de sus *Letrillas*, con la riqueza, afectos y rotundidad de sus *Cantilenas* ó *Idilios*, y con la expresión valiente de sus *Odas*. He notado también, en parte, alguna negligencia en los versos y varias violencias de sentido; pero me hago cargo de que éstas son unas poesías póstumas, y de consiguiente, que no pueden tener aquella corrección que tendrían si su autor las hubiera preparado para la prensa.

He ejecutado, señor Editor, su encargo del mejor modo que me ha sido posible, y le he dicho ingenuamente mi sentir sobre los varios géneros de poesía, contenidos en este tomo de IGLESIAS. No dudo que en siendo publicado, los ansteros filósofos, y los mentecatos que los remedan, lo mirarán con ceño y acaso con desprecio, por no contener, según su estilo, más que miserables bagatelas. Pero usted dirá, y tendrá razón en decirlo, que estas bagatelas no se escribieron para ellos. Si entretienen los ratos perdidos y merecen la aprobación de un hombre de gusto, si disipan el mal humor de otro, y si alguna dama las aprende ó las canta, la gloria del autor será satisfecha y la intención de los editores cumplida.

Mas la prenda más apreciable de esta obra es la pureza y lo castizo del lenguaje. Usted me dice, y yo lo sabía, que IGLESIAS no leía ningún libro extranjero y que apenas sabía las lenguas italiana y francesa. Si la falta de lectura en los libros escritos en ellas le privó de unos conocimientos que hubieran adornado mucho sus composiciones, también le preservó, por otra parte, del contagio universal de no hablar ni escribir ni pensar de otro modo que en frances. Éste es ya un mal irremediable, y estoy por decir que necesario; porque quien no tiene lumbre en su casa, va por ella á la del vecino. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que IGLESIAS, que había estudiado su lengua en los autores de nuestro siglo de oro, y que no manejó otros en toda su vida, no pudo viciarse su estilo con la frase extranjera, y que su libro debe ser tenido y citado como un modelo puro de lenguaje; prenda que falta á los más, por no decir á todos los versos escritos de diez años á esta parte.

Ánimo, pues, amigo mio. Yo, en nombre de todos los hombres de gusto, le doy las gracias y el parabién por la publicación de esta obra, y le animo á que se ocupe en tareas igualmente útiles y gloriosas á la literatura española.

Queda de V., etc. — A.

POESÍAS.

LETRILLAS.

LETRILLA PRIMERA.

AL DIOS PAN.
Rústico dios Pan,
Ruégote que asistas
A honrar mis cantares
Con tu melodía.
Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias,
Así ufano goces
Las frescas mejillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella ninfa.
Haz que con mi acento
La esquivéz altiva
De un amante atraiga,
Que me desestima.
Por él te importuno,
Por él noche y día
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

DE SUS CANTARES.
Selvas de esmeralda,
Rios de cristal,
Con atento oído
Mi lira escuchad,
Que si mi voz dulce
En dulce cantar,
Cual hierre del monte
La concavidad,
Así al zagal hiera
Tan duro en amar,
De arte que su pecho
Se mueva á piedad.
Faunos y silvanos
Los veréis llegar,
Y por estos llanos
Alegres triscar.
Vendrá el Amor niño,
Mil ninfas vendrán,
Y en rueda de lazos
Todos bailarán.

LETRILLA III.

LA SOLICITUD.
Cerrad, cerrad, ninfas
Del grato Aranjuez,
Cerrad las salidas
Del fresco vergel.
Por si las pisadas
O el rastro de aquel
Que el alma me abrasa,
Puedo hallar ó ver;
Pues la amena selva
Le ha de detener,
A mil pajarillos
Tendiendo la red;
O acaso siguiendo
Al Amor cruel,

I. PS.-XVIII.

Tras de otras zagalas
Al señelo fué.
Y si vos le halláreis,
Guardadle, y sabed
Que él en mí, y yo sola
Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

DE SU PASTOR.
No alma primavera,
Bella y apacible,
O el dulce Favonio,
Que ámbares respire;
No rosada Aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice;
No nube que Febo
Su pabellón pinte,
O álamo que abraze
Dos émulas vides;
No fuente que perlas
A cien años fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el día
Son tan apacibles
Como el pastorcillo
Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

DE SU AFECTO.
Si yo en otro tiempo,
Sinapilla rapaza,
Anduve sin pena,
Vivi descuidada,
Y en guardar me avine
Mis ovejas mansas,
Quizá no era entonces
Dulce enamorada.
Mas hora yo pienso
Que diera de gana
El más gentil manso
De aquesta manada
A aquel que á mis ojos
Mirar les dejara
Los de un pastorcillo
Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

JUGUETE SENCILLO.
Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo,
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras,
Y sin ver por dónde,
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar;
Callo, y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear,

Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin, si me halláre,
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

EL SUEÑO Y EL DESEO.
Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo,
Cual en sueños vi,
De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.
El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he de dejar ir;
Pues casarnos hemos
Los dos por Abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

CONFIANZA.
El mi pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros,
Si estoy de él ausente.
Y que, aunque lo calla,
Llora muchas veces,
Porque á verle venga
Y su mal consuele.
Por otra zagala
No temo me deje,
Aun cuando enojado
De sí me deseche;
Pues sé que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.
Y si esto no le basta,
Con que yo le deje
Jugar cierto juego,
No podrá él valerse.

LETRILLA IX.

RESOLUCION.
No de árbol frondoso
La fruta primera,
De flor guarnecida
Al alba serena,
Me roba la vista
Y el alma me lleva,
Cual mi zagalejo
Cuando á hablarme llega.
Dícame si quiero
A la primavera